

José María Riol Climas (*)



Pícaros, tontos y televisión

En 1554 se publicaba en Alcalá, Burgos y Amberes una novela breve y anónima que llevaba por título *La vida de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades*. A pesar de que a lo largo de los siete tratados de que se compone la obra no aparece ni una sola vez la palabra pícaro, lo cierto es que ha quedado para la historia como el precedente más sonoro de lo que luego se llamaría novela picaresca, sobre todo a partir de la publicación del *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán en 1599.

El lazarrillo de Tormes es un pobre desgraciado de la más baja condición social, hijo de ladrón y de mujer de vida agitada, condenado a luchar por la existencia desde la infancia recurriendo a un sinfín de trampas y engaños como sirviente de un ciego, un avaro clérigo y un escudero arruinado, entre otros, para terminar su periplo como pregonero en Toledo compartiendo a su mujer con un arcipreste.

Quien le iba a decir al anónimo autor de los días ficticios de tan nombrado pícaro que, más de 400 años después, una caterva de personajillos seguirían actuando y sobreviviendo (en muchos casos mejor que un notario) como herederos directos de su criatura. Si queremos ver a estos nuevos lazarrillos no tenemos más que estar atentos a cualquier emisora de radio o televisión, incluidas las de carácter público, para presenciar las andanzas de tales elementos que, a principios del siglo XXI, han cambiado sus armas pero no sus objetivos: tomar el pelo a su público al tiempo

de sacar tajada económica "prediciendo" el futuro a través de las cartas o de los más variados artilugios, publicando libros y revistas sobre "extraterrestres", dirigiendo "documentales" en los que se hacen afirmaciones disparatadas que chocan frontalmente contra todo lo establecido por la Ciencia desde siglos, "curando" el cáncer con hierbitas o, mejor todavía, mediante "energías positivas", convencien-

do a las pobres gentes acerca de la existencia de los "viajes astrales" que, por cierto, podrían acabar con el honrado negocio de las agencias de viajes, etc., etc.

Nada de esto debe extrañarnos si asumimos que seguimos viviendo en un país de risa, cuando no de llanto, en el que todos esos truhanes tienen vía libre para cometer sus fechorías. Pero no debemos olvidar lo más importante: los pícaros de esta naturaleza existen porque existen los tontos que les creen. Y empleo el término sin ánimo de ofender a nadie y según la acepción de la Real Academia, que lo define como "falto o escaso de entendimiento o razón". Lo cierto es que hay una relación directa entre el número de tontos y el de pícaros, de manera que a mayor número de tontos mayor número de pícaros. Aunque nos queda un consuelo porque, al menos, el número de pícaros nunca será mayor que el de tontos que les alimentan. Lo mismo que ocurre en las pirámides tróficas: nunca puede haber más leones que gacelas.

Si este fuera un país medianamente serio, sus distintos gobiernos harían todo lo que estuviera en su mano, que es mucho, para disminuir el número de tontos mediante la educación y la cultura, y contribuir, de paso, a la extinción de esos nuevos lazarrillos del siglo XXI. Pero como vivimos en

un país de opereta, nuestros gobiernos actúan justamente al contrario y, tal vez por eso, hace sólo unos días y en plena campaña electoral, el Ministro de Economía, Rodrigo Rato, apoyaba incondicionalmente a los pícaros acudiendo a una echadora de cartas para que le predijera el futuro. ¿Sabrá el Ministro cuantos nuevos tontos ha originado con su insensato gesto? Seguro

que sí. No olvidemos que cuantos más tontos haya tanto mejor: así hay más alimento para más leones (y como leones, aparte de los pícaros, pueden poner ustedes a quienes ya se imaginan).

No nos engañemos: el proceso de embrutecimiento de nuestra sociedad avanza viento en popa y a toda vela, y en muchos casos auspiciado por los que están obligados a evitarlo. Para embrutecernos

Nos queda un consuelo porque, al menos, el número de pícaros nunca será mayor que el de tontos que les alimentan. Lo mismo que ocurre en las pirámides tróficas: nunca puede haber más leones que gacelas

nuestros gobernantes emplean sin vergüenza el dinero de nuestros impuestos, con el que financian los inestimables servicios de muchos de esos pícaros que aparecen en los medios públicos de comunicación. Y se amparan nuestros

hipócritas gobernantes (los de ahora, los de antes y, espero equivocarme, mucho me temo que también los de mañana) bajo el paraguas políticamente correcto de la ficticia defensa de la libertad de expresión, como si mentir y engañar formaran parte de tan ansiada libertad. Cada vez que vean en la televisión a alguno de esos sinvergüenzas que se apresuran a adivinar su futuro, o a hacer cualquiera de las estupideces comentadas al principio, no lo duden: están ustedes contemplando genuina telebasura, ese género televisivo que tiene como buque insignia, bien es cierto que por otros motivos, a un programa nocturno de una emisora privada de televisión cuyo nombre termina en cinco, y que lamentablemente toma el título de la excelente obra de anticipación de Ray Bradbury. Creo que se equivocaron al bautizar al programa. Le hubiera venido mejor el nombre de Caballo de Troya, el mismo que dio Juan José Benítez a sus disparatados libros repletos de fabulosos "descubrimientos paranormales". Así el espurio contenido del programa de televisión y el de estos últimos libros habrían combinado perfectamente.

Le hubiera venido mejor el nombre de Caballo de Troya, el mismo que dio Juan José Benítez a sus disparatados libros repletos de fabulosos "descubrimientos paranormales"

** Doctor en Ciencias Biológicas. Profesor titular de Bioquímica y Biología Molecular de la ULL*